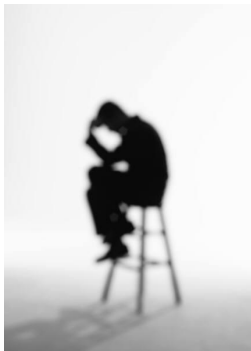
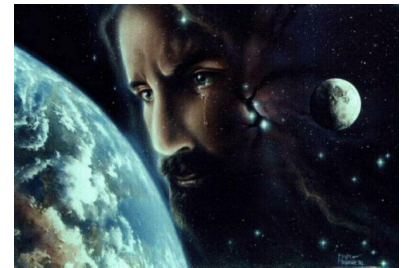






Hace mucho tiempo, aún cuando sólo mi Espíritu se movía sobre la faz de la tierra, tuve un anhelo en mi corazón: Crear un ser con el cual pudiera tener perfecta comunión. Un ser que en mi imagen y semejanza fuera capaz de recibir mi amor y al mismo tiempo mostrarme gratitud. Fue tal mi deseo por relacionarme libremente con ese ser que le otorgué la capacidad de elegir. Tener comunión conmigo y obedecerme no sería una obligación, no sería un proceso predefinido, sería una libre elección que podría tomar. Fue entonces que lo formé y le llamé ser humano, hombre y mujer.

Pero esa capacidad de elegir le dio la oportunidad de lo que tanto procuré evitar: Que me desobedeciera. Su desobediencia, rompió nuestra relación, hizo que su espíritu tan celosamente guardado por mí muriera y nuestra comunión quedó quebrantada. ¡Cuánto se dolió mi corazón! Mi Santidad no podía tener comunión con el pecado. Mi pureza no podía mezclarse con la suciedad de la maldad que había entrado en el corazón del ser humano.



Fue así como a lo largo de la historia pude ver como inútilmente el hombre se esforzaba por restaurar nuestra relación. Bajo un sin fin de obras procuró alcanzar lo inalcanzable. Bajo una buena conducta procuró seducirme nuevamente. Incluso se dedicó a ofrecerme sacrificios que igualmente fueron insuficientes. Seguramente aún no entendía a la perfección que mi exigencia era muy alta. Que yo no demandaba obras, esperaba un corazón genuinamente arrepentido. Que mi exigencia no era una conducta intachable, sino un estilo de vida consagrado a mí. Que sus sacrificios seguirían siendo pocos comparado con el estándar de perfección que yo demandaba.

Nada, podría lograr que nuestra relación se restaurara. Excepto una cosa: Yo mismo. Así que tomé la decisión. No me importó despojarme de mi divinidad y humillarme al extremo de hacerme hombre. Conviviendo en medio de ellos. Compartiendo junto a ellos. Experimentando sus necesidades para comprenderlos mejor. Pasando por sus pruebas para luego ayudarles a sobrellevarlas. Estableciendo una estrecha relación, no solamente de compañía, sino buscando su amistad. Busqué ser parte de ellos, como ellos ya eran parte de mí.



Pero aún debía llegar más allá... El error cometido había sido demasiado grande. La falla había generado un remedio que exigía un precio demasiado alto. Un sacrificio perfecto en beneficio del ser imperfecto. Ese era parte del plan. Debía entregar mi vida para recuperar la de ellos. No era un paso sencillo de dar. Habría mucho sufrimiento, un castigo que yo no merecía, pero que era necesario llevar con tal de pagar el precio fijado por recuperar y restaurar nues-

tra relación. Honestamente, en la humanidad que estaba experimentado, hubiera preferido que ese paso doloroso pasara... pero no había otra solución, era necesario pasar el dolor, pues aún ese dolor era más pequeño que mi anhelo por rescatarlos.

La más grande de todas la humillaciones estaba siendo dirigida hacia mí. Ofensas y maltratos verbales, traición de aquellos a los que le brindé toda mi confianza, escupidas cargadas de desprecio me eran arrojadas. Burlas sazonadas con dolor eran trasladadas por doquier. Torturas que rasgaron mi piel y hacían doler como pocas veces mi corazón. Una corona que en sus espinas mostraba el desprecio que por mí sentían me fue colocada en la cabeza. Me hicieron cargar con una pesada cruz que contenía todo el odio que en ese momento hacia mí era dirigido. Me crucificaron en medio de dos malandrines, a los cuales ni caso les prestaron en su afán por mostrarme desprecio. Pero nuevamente, todo era parte del plan.



Tal era el nivel de amor que por ellos hay en mi ser que no me pesó estar dando mi vida por ellos. Aún allí solicité el perdón por lo que estaban haciendo. Aún con mis brazos sujetados por clavos a ese madero seguía suspirando por estar con ellos y que ese sacrificio no fuera en vano. Mi vida en la tierra estaba terminando, pero estaba viendo como las puertas de los cielos se estaba abriendo para dejarlos entrar al momento de simplemente confiar en mí. Y, mientras la muerte hacia su aparición, la vida eterna estaba siendo colocada a disposición de ellos

Pues ¿cómo podía la muerte vencer al dador de vida? La cruz fue el medio por el cual sepulté sus pecados, y la tumba vacía la evidencia que todo había sido consumado. Ya no más esclavos del pecado, ya no más presos de la angustia. Ahora pueden vivir en libertad. Despojarse de sus cargas del pasado y dejar que yo los arroje con las vestiduras de la Gracia y revestirlos del poder que necesitan para vivir plenamente, abundantemente.



Hoy, más de dos siglos después, les sigo esperando. Sigo tan anhelante de tener comunión con ellos como desde el momento en que suspiré para crearlos. Mantengo la expectativa de verlos venir a mí corriendo en busca de paz, paz duradera y perfecta. Mis ojos brillan con lágrimas de emoción cuando uno de ellos se acerca reconociendo su necesidad de mí y manifiesta el deseo por recibir de mi presencia. Sigo igual, no he cambiado. Mi corazón sigue estando abierto hacia ellos. Pero, como desde el principio, siguen teniendo la libertad de hacerlo. Sigo siendo una opción en su vida... La mejor de todas ... pero una opción



Una opción en la que todo lo que pido se resume en una palabra: Obediencia. Una obediencia basada en una relación. En donde la confianza que vayan teniendo en mí esté basada en el conocimiento que adquieran de lo que soy. Una obediencia fruto de un mutuo amor expresado y recibido. Conozco sus sueños. Sé de sus anhelos más profundos. Sueños y anhelos que yo mismo planté en sus corazones. Sueños que de igual forma yo tengo. Sueño con el día en tenerlos en mis brazos, en recibirlos con algarabía en su regreso a casa. Anhele aún más que ellos con poder verlos cara a cara y disfrutar con ellos su vida en la tierra y su existencia por la eternidad. Sueño cada día con poderles hablar y que ellos puedan escuchar por siempre estas dos palabras: LOS AMO...



Estimado amigo: Si usted se encuentra leyendo este documento no es producto de la casualidad. Existe un propósito de Dios para su vida. Él está sumamente interesado en su vida y desea iniciar una relación personal con usted. El primer paso es reconocernos pecadores y necesitados de su perdón, invitarlo a que ingrese en nuestro corazón y darle el control de nuestras vidas. Si ese es su deseo le invito a que en sus propias palabras le entregue su vida a Él y le haga el Señor de todos sus momentos. Puede tomar como modelo la siguiente oración y recibir el mayor Regalo preparado para usted:

“Señor Jesús, me reconozco como pecador y me arrepiento de todo lo que he hecho fuera de tu voluntad. Te pido que me perdones, tomes el control de mi vida y entres en mi corazón. Ayúdame a vivir conforme a tu voluntad y así llegar a ser la persona que deseas que llegue a ser. Amén”